

# ***La envidia, un estudio junguiano***

**Olivia del Castillo - SEPA-**

**En nombre del *Grupo de Lectura***

El *Grupo de Lectura* lo formamos en 2019 junto con Ana Ibáñez, Rosario Hernando, Roselyne Camhi, Esperanza Pérez, Juan Carlos Albaladejo, Isabel Uribe, Concha Pazo y Carles Ventura; todos miembros de la SEPA. Decidimos profundizar en el tema de *la envidia* a partir de la lectura de distintos textos de autores junguianos. Este artículo trata de recoger la elaboración que fuimos desarrollando en encuentros mensuales a lo largo de casi dos años.

Según el índice de las obras completas, Carl Gustav Jung se refiere a la envidia en cuatro ocasiones:

Vol 11, párr. 980: *El I Ching dice pues de sí mismo: “Contengo alimento (espiritual)”. Dado que poseer un gran bien siempre despierta envidias, el coro de los envidiosos forma parte de **la imagen del bien poseído**. Los envidiosos quieren despojar al I Ching de sus bienes, es decir, enajenarle su significado o destruirlo. Pero su inquina es vana. Sus muchos bienes están a buen recaudo; en otras palabras, el I Ching está seguro de sus logros, que nadie podrá arrebatarse.*

Vol 11, párr. 980<sup>(6)</sup>: *Así, por ejemplo, los invidi (envidiosos) constituyen una figura habitual en los viejos tratados de la literatura alquímica, sobre todo en la *Turba Philosophorum* (siglos XI y XII)*

Vol 4, párr. 138: *Este **reproche de mezquindad y codicia hacia el analista** oculta en el paciente, como resultó del análisis, una intensa envidia inconsciente. Hay distintas cosas de la vida del analista que pueden provocar envidia del paciente...hay motivos para la envidia y para otras muchas comparaciones.*

Vol. 9/I, párr. 644: *Como contraste con el **mándala lamaísta** quiero mencionar **la “rueda del mundo”** tibetana, radicalmente distinta de aquella. Ésta es una representación del mundo. En el centro se encuentran los tres principios: el gallo, la serpiente y el cerdo, es decir, concupiscencia, envidia e inconsciencia.*

Por otra parte, como señaló Anne Casement, Jung a menudo aborda material claramente relacionado con la envidia en su elaboración de figuras míticas como la bruja, como un aspecto del arquetipo de la Gran Madre, o la actuación de la figura del Trickster (West, 2010)

La intuición de Jung le lleva a expresar a través de figuras míticas las dinámicas de la psique, como lo hace en estos párrafos en relación con la envidia. En uno de ellos, sin embargo, la conecta con la relación entre personas: el paciente y el analista.

La envidia ha sido descrita por los psicoanalistas a lo largo de extensas obras. Desde Freud, que trata de la envidia del pene, a Melanie Klein, que está a la cabeza del estudio sobre la envidia, y nos habla de la envidia del pecho en su fundamental obra *Envidia y Gratitud*. Karen Horney situó el objeto de envidia en el útero, y otros muchos, como Winnicott o Kohut, profundizaron en el tema. En la psicología analítica, algunos autores, como es el caso de Murray Stein, plantean la idea de la envidia del Sí-mismo, tal vez acercándose a la metáfora sobre el I Ching a la que se refiere Jung (Vol 11, párr. 980). Por otra parte, los analistas post-junguianos han establecido puentes que conectan la metáfora de Jung con la descripción de Klein de las dinámicas de la envidia. Estos autores la consideran a nivel *intrapsíquico* (de las relaciones entre distintos elementos de la estructura interna de la psique) pero también al nivel *interpsíquico*, o *intersubjetivo*, que se da en el vínculo relacional con los demás y que nos conectan con la *otredad* a lo largo de toda la vida. Todos los analistas junguianos analizan las dinámicas de la envidia que se activan entre el analista y el analizando.

En nuestro grupo de estudio a veces vimos cómo se conectaba la teoría con nuestra experiencia como grupo y como miembros pertenecientes a la misma sociedad de analistas. Pudimos reconocer que las emociones ligadas a la envidia, la rivalidad, la avidez, competitividad y lucha por el poder (por estar en posesión de la verdad) sin ninguna duda se manifestaban entre nosotros. Tomar consciencia de ello favoreció la consolidación del grupo y su continuidad. Nos planteamos cuestiones fundamentales respecto a nuestro propio proceso de formación como analistas y a la labor institucional que llevamos a cabo en nuestra sociedad; advirtiendo el gran sufrimiento que podían causar las energías corrosivas de la envidia cuando no encuentran un espacio de elaboración. Tuvimos la impresión de que con nuestro

trabajo estábamos haciendo un proceso de asimilación de energías negativas que podía enriquecernos.



El peligro en torno a la envidia es quedarse atrapado en el juicio negativo que despierta su destructividad (Como señala Jung: “Los envidiosos quieren despojar al I Ching de sus bienes, es decir, enajenarle su significado o destruirlo”). Esto puede llevarnos a adoptar una postura defensiva frente a ella (de nuevo Jung: “Pero su inquina es vana. Sus muchos bienes están a buen recaudo... el I Ching está seguro de sus logros, que nadie podrá arrebatarse”).

Lo que nos interesa aquí es averiguar qué es lo que está expresando la envidia. Qué dinámicas profundas se manifiestan en el envidioso. Dinámicas que, necesariamente, tienen que

***Invidia.*** Giotto di Bondone

expresarse para autorregular la psique, según nuestra perspectiva junguiana. Qué argumento de la historia emocional del individuo y de la expresión del colectivo se está manifestando para que lo escuchemos, no para que lo evitemos o lo rechacemos defensivamente. Warren Colman abre una vía de análisis que puede darnos respuestas en este sentido: “...no se suele prestar la suficiente atención a esa sensación de carencia que seguramente se encuentra en el corazón de la envidia. La mayoría de las descripciones de la envidia la ven como causante de destrucción y deterioro, lo que yo sostengo es que, en realidad, la envidia es la consecuencia de una sensación de carencia subyacente...además, guarda siempre relación con alguien (otro) que parece poseer el atributo deseable” (Colman, 1991)

### **Parte I. *La imagen del bien poseído***

La envidia, como dinámica de la psique, es generadora de desarrollo y también de patología.

La envidia es natural en el ser humano (instintiva para Klein, arquetípica para la psicología junguiana), pero puede generar destrucción y patología si se cronifica.

El factor clave para entender la envidia es la comparación interpersonal, que también es un elemento natural de la psique que todos compartimos, lo que reafirma la idea de que somos seres sociales. La comparación calibra en la envidia la diferencia con los demás: si el otro es igual o diferente y si es mejor o peor (West, 2010).

Para los autores junguianos estudiados, la tendencia a la similitud es regresiva. La envidia busca la similitud, el igualamiento, está relacionada con el rechazo y la intolerancia a la separación y a la diferencia (Proner 1988, Colman 1991, West 2010), su objetivo es pues muy claro: eliminar la diferencia.

Si los mecanismos que favorecen la separación y la diferenciación, (que también son naturales y arquetípicos), fracasan, la psique desencadena dinámicas regresivas que buscan la unidad (la no-diferencia) original, aniquilando al otro para que sólo exista el uno. Si esta situación se cronifica, se produce el “retiro narcisista” en el que se mantiene el nivel de idealización y erotización de la armonía, de atemporalidad y de sensación de

una paz interminable. Se trata de un intento narcisista de eliminar la diferencia. (Colman 1991, West 2010)

En términos junguianos, podemos decir que el ciclo de la envidia lo sustenta precisamente la sensibilidad y el temor ante la diferencia, porque el yo (como centro de la consciencia) no funciona plenamente: lo que da lugar al sentimiento amenazante de dependencia, así como al miedo a la impotencia y la vulnerabilidad que conllevaría la separación del objeto externo (la madre, en la relación primaria).

Como señala Murray Stein, la primera etapa del desarrollo de la consciencia en el ser humano sería la etapa del estado idílico de unión madre-bebé, en la que es necesaria la similitud y la igualdad. En psicología analítica hablamos en este caso de un estado de identidad o *participación mística* entre sujeto y objeto. *Participación mística* es un término que Jung toma de Lévy-Bruhl y que "...consiste en que el sujeto no puede distinguirse a sí mismo claramente del objeto, está ligado a él por una relación directa que constituye una identidad parcial..." (Jung, Vol 6, párr. 781), "...la *participación mística*, es solo un vestigio de la no-diferenciación original de sujeto y objeto, y, por lo tanto, del estado inconsciente primordial" (Jung, Vol 6, párr. 741).

En la segunda etapa de desarrollo de la consciencia, el yo establece diferencias: yo, no-yo, madre portadora de la nutrición y bebé, pecho bueno y pecho malo (en la terminología de Klein) o partes buenas o malas del sí-mismo (en la terminología junguiana). En esta etapa emerge la sombra, que supone un avance en el desarrollo del yo que empieza a diferenciar lo interno de lo externo y a asimilar la luz y la sombra en su experiencia. Aquí se inicia la tensión entre opuestos; ahora habrá un niño bueno y uno malo, así como una madre buena y una madre mala.

En la tercera etapa se trasciende la dualidad y se restaura la armonía, pero, esta vez, asimilando la diferencia. (Stein, 1990)

Uno de los contrastes entre la perspectiva Kleiniana y la junguiana, sería pues que la envidia más que un ataque a la bondad (del pecho de la madre) es un ataque a la otredad.

En este proceso que se inicia con la similitud y alcanza la asimilación de la diferencia, juega un papel fundamental el "ajuste" entre sujeto (bebé) y objeto (madre-pecho u

“objeto sí-mismo”, utilizando el neologismo de Kohut). El bebé solamente tolera un cierto grado de “desajuste”. La vía para alcanzar la madurez del yo necesaria para la separación es el “ajuste” *suficientemente bueno* (haciendo referencia al calificativo de Winnicott de la madre *suficientemente buena*) para que el bebé pueda nutrirse e interiorizar lo bueno del objeto dentro de sí mismo. Hasta entonces, lo bueno se mantiene proyectado en la madre (el pecho, o el sí-mismo), la expectativa es nutrirse de él. Ello dará lugar a la vivencia de gratitud de la que habla Klein en *Envidia y gratitud* (Klein, 1957). De no ser así, de un haber un “ajuste” que permita la nutrición, será la envidia la que liderará el proceso. Lo que hará entonces la envidia es atacar el vínculo con la otredad, con la madre, con el pecho, con el sí-mismo, para que el yo pueda subsistir. Cuando el yo no puede manejar este juego cruzado de proyecciones y ataques, será el sí-mismo como arquetipo el que defenderá el sistema, con consecuencias patológicas (Fordham, 1974).

Al parecer, la principal diferencia entre la perspectiva post-junguiana y Klein reside en que para Klein las perturbaciones en el vínculo primario se deben a la envidia, a la que atribuye el carácter de pulsión de muerte innata (Thanatos), y para los autores junguianos es justamente al revés: es por causa de la perturbación del vínculo primario (por el “desajuste”) por lo que se instala la envidia. En términos junguianos, la envidia destructiva es arquetípica y está incluida en la relación del bebé con la madre, pero también es arquetípica la búsqueda del “ajuste” con el pecho bueno que nutre. Si prevalece la envidia es por causa del desajuste en la relación humana madre-bebé.

Así pues, en el vínculo primario existe un *deseo* de lo bueno y, a la vez un *ataque* a lo bueno que se vive como malo porque, en ese nivel de desarrollo, el frágil “yo” no distingue entre lo bueno y lo malo. Meltzer, con gran acierto, nos habla incluso del “conflicto estético”, en el que el bebé puede sentirse abrumado por la intensa belleza (tanto del interior como del exterior del cuerpo de su madre) que es posible que le tenga que apartarse de la experiencia de nutrición. Meltzer dice que hay un dolor depresivo en la “aprehensión” inicial de esta belleza; lo que, en términos junguianos, podría corresponder a la experiencia de lo *numinoso*. Es decir, lo bueno puede sentirse como malo, como una amenaza, porque el yo inmaduro fascinado no puede asimilarlo (Proner, 1988). Así, la envidia buscará atacar y perjudicar al objeto mientras lo bueno y lo malo

no puedan diferenciarse, impidiendo el proceso que permite interiorizar con fluidez lo bueno que nutre y permite crecer.

La envidia como expresión de la psique ante la imposibilidad de nutrirse, se caracterizaría pues por buscar el perjuicio del objeto (externo) que retiene para sí todo lo bueno. Los celos serían el miedo a la pérdida del objeto que está en posesión de un tercero. Y la avaricia, la extrema voracidad, se caracteriza por el deseo de poseer totalmente al objeto para anularlo. Mientras tanto, desde la perspectiva junguiana, podríamos decir que la expectativa envidiosa (ante lo malo y amenazante) y la gratitud (ante lo bueno y nutritivo), juegan continuamente un papel como dinámicas opuestas en el camino hacia la individuación, a la transcendencia de dichos opuestos y, por tanto, a la armonía que puede asimilar la separación y la diferencia. En este proceso, lo bueno y lo malo, arquetípicos y concretos, pasan de ser objetos a representaciones simbólicas y configuran la percepción propia de la realidad como vivencia basada en la experiencia.

Warren Colman resume así la diferencia entre el planteamiento junguiano y los postulados de Klein:

“Si, como sostiene Klein, la capacidad de amar se logra gracias a la gratitud de sentirse amado y cuidado, entonces el corolario también debe ser cierto: que la capacidad de odio y envidia se activa al sentirse no amado y descuidado. ¿Qué pasa entonces con el argumento de Klein de que lo que se envidia es el pecho bueno? Creo que lo que pasa aquí es que Klein no distingue suficientemente entre fantasía y realidad. El bebé puede creer que el pecho es la fuente de toda bondad, pero esta es una fantasía arquetípica / instintiva que se proyecta en la experiencia real de un buen alimento, y por lo tanto se encarna. Para que el bebé desarrolle un sentido de confianza y autoestima es crucial que esto suceda, pero la fantasía no es la realidad y, en cualquier caso, le pertenece tanto al niño como a la madre, siendo activada en el espacio que media entre ambos... Creo que es esta fantasía del pecho perfecto lo que está siempre fuera del alcance, lo que inspira envidia, en absoluto es el verdadero pecho bueno el que crea la envidia.” (Colman, 1990).

Colman, al igual que Fordham, defiende la idea junguiana de que, en ausencia de una experiencia suficientemente buena en el vínculo, el arquetipo se queda sin mediación y

se tiñe de mala experiencia, que, a su vez, inunda la consciencia de una emoción desbordada, imposible de asimilar. Porque la emoción es arquetípica, solamente cuando se puede llevar a la consciencia a través de la relación se convierte en sentimiento.

La *fantasía* de pecho perfecto, la fascinación amenazante por el carácter *numinoso* de dicha perfección es lo que está fuera del alcance del yo, lo que impide que éste pueda nutrirse y asimilar la experiencia. Al sentir la carencia en el vínculo relacional, se abre una brecha por donde se filtra la fantasía de que el otro lo tiene todo (Colman, 1990). Si la fantasía arquetípica no se encuentra con la mediación de la madre disponible para vivir el vínculo y transformar la fantasía del pecho perfecto en la realidad de un buen pecho que nutre y puede separarse, el pecho absoluto-perfecto se mantiene fuera del alcance, no puede introyectarse y crea envidia crónica. Lo que se introyecta entonces es una sensación de grandiosidad que amenaza el equilibrio del yo, un superyó idealizado persecutorio que demanda sin cesar la perfección.

Curiosamente, da la impresión de que el psicoanálisis y la psicología analítica en sus inicios tal vez conectaran de alguna forma. Así como para Klein la sensación de carencia es autogenerada por el impulso instintivo destructivo de la envidia, dado que el pecho que nutre está ahí, también podríamos preguntarnos si algo parecido deja ver el comentario de Jung sobre el I Ching, cuando dice: “Sus muchos bienes están a buen recaudo; en otras palabras, el I Ching está seguro de sus logros, que nadie podrá arrebatarse”. Pareciera que el I Ching se corresponde a la fantasía del pecho perfecto que está ahí y lo guarda todo para sí, el fallo está en la envidia corrosiva arquetípica. Klein no le da mucho espacio a la relación con el exterior, con el otro, tampoco habla Jung aquí de la constitución de la realidad a través de la experiencia relacional. Esta sería la labor que desarrollarían en profundidad sus continuadores, tanto psicoanalistas como junguianos.

Para Colman, no cabe duda de que la envidia se activa cuando la madre no se encuentra disponible y el bebé queda expuesto al trauma prematuro de la separación y de la falta de contención. Se ve abocado a experimentar la sensación de diferencia en una etapa de vulnerabilidad e impotencia, lo que da lugar a la sensación de carencia, de vacío, de falta del otro. Se produce entonces un intento de restablecer el sentido de unidad en el que el uno es el todo, esta es la esencia de *la posición narcisista* de grandiosidad. Envidia



y narcisismo van de la mano. El narcisista se esfuerza por mantener todo el valor dentro de sí mismo, porque está plagado de dudas sobre si hay algo de valor en su interior. Si hay *dos* antes de tiempo, *uno* nunca es suficiente, a menos que lo tenga todo, y eso requiere la anulación del otro.

En el terreno de la patología recogemos algunas apreciaciones interesantes. Queda claro que una de las defensas frente a la envidia es el narcisismo omnipotente que devalúa a los otros, pero también destruye cualquier experiencia interna buena propia (Colma, 1991; Proner, 1988). Sin embargo, también se puede producir la defensa en sentido opuesto, aniquilando la posibilidad del propio desarrollo, para evitar provocar la envidia en otros. En nuestro grupo de lectura surge un comentario muy esclarecedor al respecto: “una paciente psicótica decía: ‘no quiero crecer, o el papá morirá’”

Para terminar este apartado, recogemos la aportación de Marcus West que describe distintos rasgos psicopatológicos por el efecto negativo destructivo de la envidia. La psique resuelve esta circunstancia evitando el dolor y el vacío mediante:

- la autorregulación extrema de la emotividad que puede convertirse en una organización esquizoide de la personalidad
- la expulsión a través de la negación omnipotente, que se convertiría en una organización narcisista
- la evitación a través de la identificación con el objeto en una organización de la psique adherente histérica
- la incorporación de la negatividad como centro del sí-mismo, lo que llevaría a la organización borderline de la personalidad.

Estos estados reflejan distintos modos de destrucción del funcionamiento del yo y de su capacidad de autorreconocimiento, autocontención y pensamiento. Así como el ataque al vínculo, la identificación adhesiva, o fusional, con el otro, el fomento de la fantasía idealizante y la evitación de la realidad. Marcus West concluye que esta destrucción sí es la expresión del instinto de muerte (West, 2010).

## **Parte II. Este reproche de mezquindad y codicia hacia el analista**

El “desajuste” en la relación primaria se reproduce en la relación entre el analista y el analizando. En uno de los párrafos del inicio, Jung escribe: “...los reproches hacia el analista ocultan una intensa envidia...”. Warren Colman amplía esta observación:

“...el paciente envidia el acierto del analista y ataca y destruye todo lo bueno que éste le ofrece. Así como en el niño la envidia del pecho interfiere con la incorporación de la nueva experiencia de alimentación, así, para el paciente analítico, la buena interpretación se echa a perder y se devalúa”.

Y añade que, generalmente, en el trabajo terapéutico con parejas ambos se dirigen este tipo de ataques entre sí, aunque el efecto es similar ya que impide que los terapeutas ofrezcan algo que pueda ser valorado. Se puede observar la envidia del otro por diferentes motivos o razones, pero esto mismo es lo que mantiene la relación, ante todo pronóstico, para no descubrir lo contrario: su necesidad y dependencia mutua. De nuevo encontramos aquí la dificultad para admitir la separación y la diferencia.

En el análisis, continúa Colman, la tremenda resistencia a la dependencia como defensa contra la envidia y el ansia de anular la diferencia, se manifiesta a través de la omnipotencia narcisista que devalúa el objeto; se trata de la ira como respuesta a las heridas afectivas profundas. Todas ellas son dinámicas que deliberadamente atacan y destruyen toda relación de objeto buena o todo deseo de relación. Pero, recordemos, detrás de la defensa hay una parte infantil aterrorizada (Colman, 1991).

Vemos cómo esa dificultad y la disposición del analista para vivir la amargura y el dolor de la situación, permite que algo se movilice profundamente y la herida primitiva por carencia y/o escasez de contacto con el sí-mismo (el pecho bueno en Klein) tenga la posibilidad de re-organizarse y llegue a cicatrizar. Hemos visto cómo tanto la destrucción como la idealización corresponden a un fallo en el “ajuste”. Atacar, admirar o idealizar al analista puede tener un significado que podría perderse si solo enfocamos el análisis desde un punto de vista intrapsíquico y no intersíquico (de la relación entre analista y analizando).

En el grupo de estudio nos planteamos la importancia de poder profundizar en la experiencia propia del analista para entender lo que está expresando el paciente. En ese

sentido, se comenta que lo que siente el analista es *legítimo*, tiene un gran valor dentro del proceso terapéutico. Si no se otorga un espacio de consideración a ese valor, la pregunta es ¿a dónde irá a parar ese contenido en el análisis? Nos parece esencial que el analista sostenga las situaciones más difíciles en intervisión con otros analistas.

La legitimidad del “sentir propio” del analista encontró su lugar en el concepto de *contratransferencia* y su dialéctica con la *transferencia* el paciente. En el grupo surge la idea de que considerar este “sentir propio” va ligado a la “ética que se lleva dentro” como analistas.

La cuestión es descubrir el camino para llegar al *momento de encuentro* (Stern, 2017), en el que el paciente pueda nutrirse con lo que le ofrece el analista (Proner, 1988), que está ahí, presente, para participar en el proceso de *reparación* de la falla del “ajuste”, del que nos habla Kenneth Lambert en “*Analysis, Repair and Individuation*”. Solo tras este proceso el paciente podría aceptar la separación y la diferencia.

Pero hay situaciones más complejas y difíciles de detectar en el análisis con respecto a la envidia. Que los juegos cruzados se desarrollen entre *dentro y fuera*, que la madre represente un lugar afuera donde está lo beneficioso o donde se pueden colocar lo negativo o lo malo, significa que la realidad (a través del ajuste madre/bebé) puede ser asimilada tarde o temprano. En tal caso, la realidad buena y mala puede ser explorada *en la madre*, allí las cosas pueden suceder. El problema es cuando este juego cruzado no se proyecta, entonces se introyecta, la envidia y los ataques se producen dentro de uno mismo y lo beneficioso que pudiera haber en el pecho, o en la conexión con el sí-mismo, se convierte en un foco de paranoia interna. En estos casos, observa Proner, observamos que el paciente retiene sus partes escindidas destructivas en lugar de proyectarlas, no ataca, *se adhiere* al otro (al analista) en una actitud de *pseudo-adulto*, si es niño, o *pseudo-superior*, si es adulto.

Así comienza Proner su análisis de estos casos:

“RECIENTEMENTE me ha sorprendido la tendencia en algunos de mis pacientes (tanto niños como adultos) a sufrir un tipo de abnegación especialmente virulenta. Suelen ser personas sensibles y creativas que parecen incapaces de asumir la responsabilidad de sus buenas cualidades y de sus buenos sentimientos o

pensamientos. Aborrecen el más mínimo indicio de aprecio que proceda de los demás y se sienten profunda y auténticamente amenazados por cualquier tipo de reconocimiento de su valor. Por otro lado, la crítica también les resulta dolorosa porque es la confirmación externa de todo el desprecio que sienten hacia ellos mismos. Sin embargo, este desprecio suele ser un secreto muy bien guardado ya que, en apariencia, son personas muy competentes. Además, suelen tener un aire de sabios y de seguridad, de más adultos que cualquier adulto y más paternos que cualquier padre". (Proner, 1988)

Recogiendo el planteamiento de Proner en toda su amplitud, una de las analistas del grupo de lectura hace la siguiente síntesis basándose en su experiencia:

- 1) Este tipo de envidia puede aparecer en una persona aparentemente exitosa y capaz. No hay imagen de fracaso.
- 2) No me siento rechazada (como analista) ni agredida: pero sí que se me aparta, como creando un foso de protección alrededor que me protege no admitiéndome y al paciente le permite seguir aislado. Es difícil de agarrar, tiene similitudes con lo histérico. Por tanto, es como si algo quedara en el aire, en tierra de nadie.
- 3) Con la madre no ha habido la posibilidad de vivir instintivamente (porque es frágil o por cualquier otra razón): entonces, el bebé no puede evacuar la ansiedad y ser ésta contenida, con lo que el proceso de re-integración queda dañado y el bebé atrapado en el fuego cruzado de fuerzas, lo cual no le permite una posterior diferenciación y pensamiento.
- 4) El concepto de reparación significa que el bebé pueda reparar su culpa destructiva (por destrozar o devorar el objeto que tiene ante sí) le permite la re-integración.
- 5) Para poder desarrollar el pensamiento y el establecimiento de un mundo interior autónomo propio (plástico/adaptativo y constante/continuo), la sensación previa debe haber podido ser calmada y satisfecha, permitiendo el tránsito de la frustración.

Proner señala que también Jung describió el poder de la psique para auto atacarse "(la psique) ...si pierde el equilibrio, destruye su propia creación" (Jung, Vol. 8, párr. 428). Para Fordham, estos pacientes no distinguen entre sujeto-objeto, dentro- fuera, bueno-

malo. La consecuencia de que el yo no pueda separar estos opuestos es que el sujeto queda atrapado en un estado de *mimetismo*, de imitación de las cualidades superficiales de las cosas, porque no puede aprender de la experiencia a través de la exploración y la asimilación. Aquí el objeto bueno se vuelve peligroso internamente.

En un intento de entender estas dinámicas, nos da la sensación de que es como si hubiera que “disimular” que existe lo beneficioso, porque la Gran Madre arcaica (en términos junguianos) los posee y no hay que “despertarla”, por decirlo de alguna manera, pues su respuesta podría ser masivamente aniquiladora para devorar lo bueno y nutrirse de ello vorazmente. Surge un comentario en el grupo que nos ayuda a esclarecer esta compleja dinámica: “...hay niños acostumbrados a no brillar para no superar a padres envidiosos, y que tienen miedo al éxito...y los hay que, teniendo padres narcisistas, les es difícil desarrollarse”.

Así que es mejor “evitar” el deseo o interés por lo bueno, frente a lo malo, y “aparentar” de una forma superficial que se está a la altura de los superiores en el mundo. El problema es que esta situación nunca satisface al sujeto y, en el fondo, nunca avanza.

Es de gran ayuda para el grupo ver casos clínicos en intervisión que nos transmiten estas sensaciones y esta problemática. El análisis, en estos casos, más que conflictivo, se vuelve una relación estéril en la que el paciente parece ignorar al analista, a la vez que se adhiere superficialmente o es intrusivo. Proner comenta: “siento que la relación conmigo es evitada...no me siento atacado, no es que se desprecie lo que ofrezco, es que se pasa por alto...Por el contrario, siento como si el paciente se adhiriera a mí, como si fuera un pseudo-adulto, en lugar de sentirme dentro de él”.

La labor del analista es especialmente difícil en estas sutiles circunstancias. Vemos aquí que el analista debería ser alguien que se mueve entre diferentes niveles de la organización de la psique (Gallerano y Zipparrì, 2009). Para encontrar la posición y estar ahí, cerca del paciente, en un determinado lugar entre los diferentes niveles, Proner introduce el concepto de *ágape*, cuando dice: “Esto tenía que hacerse en una atmósfera de *ágape*, de profunda sintonía emocional con el paciente (LAMBERT 10), manteniendo siempre en mente los intereses del sí-mismo. Uno de los peligros era que el analista se

identificara con la parte atacante (la Gran Madre amenazante) y se convirtiera para el paciente en una amenaza abrumadora”.

Curiosamente la atmósfera de *ágape* está ligada a la nutrición, y sabemos lo muy ligada simbólicamente que está la nutrición a la envidia. Kenneth Lambert señala al respecto:

“... Los judíos, los primeros cristianos y muchos otros al principio de nuestra era celebraban comidas y fiestas comunitarias. El nombre que les daban los cristianos era el de *ágape*, y esto sin duda tenía que ver con la Eucaristía... “(en el análisis, la atmósfera *ágape* se crea mediante) una capacidad del analista para pasar por un cierto proceso en sí mismo

...*Ágape* contiene una combinación de eros (aunque en su sentido heleno, eros está más relacionado con la pasión sexual), sentimiento humano y respeto, no en un sentido de dios- todopoderoso, sino que es a la vez consciente de la sombra y limitado en su objetivo y alcance... Este substrato de actitud parece ser más profundo que la transferencia / contratransferencia o que la habilidad o el conocimiento del analista o el tipo o función de la personalidad. Un posible nombre para esto sería el *factor ágape*, y puede entenderse como una función del sí-mismo” (Lampert, 1973).

#### **Parte IV. La rueda del mundo**

Llegados a este punto, empezamos a poder afirmar que, desde un enfoque junguiano, la envidia es la envidia del sí-mismo, que en la etapa temprana es el *sí-mismo primario*, como lo denomina Mikael Fordham. Murray Stein señala que: “Puede parecer internamente contradictorio hablar de la envidia del yo, respecto al sí-mismo, ya que ambos pertenecen al mismo sujeto, pero al parecer, eso es lo que esencialmente es la envidia”.

Hemos visto también que en algunos casos el individuo ha podido quedar atrapado en el fuego cruzado de fuerzas que evitan evacuar, expulsar o proyectar, lo que impide que el sujeto avance. Pero, también hemos visto que en la medida en que la dinámica de proyección se encuentra activa, la envidia se elabora en un juego cruzado entre el afuera

y el adentro mediante el que el sujeto puede llegar a nutrirse e ir llenando su mundo interior.



### ***Invidia. El Bosco***

Mientras tanto, en el mundo de los adultos y en este juego de proyecciones, la mirada del envidioso pone el ojo fuera. La sabiduría popular ha sabido encontrar la metáfora del “mal de ojo” que refleja la envidia en las relaciones con los demás. La comparación interpersonal que regula nuestra autovaloración en relación con los demás hace que surja la envidia cuando el sujeto registra asimetría con sus iguales, considerándola injusta (West, 2010).

Murray Stein señala que el “mal de ojo” se manifiesta cuando el ojo se siente atraído por objetos que capturan una proyección de sí mismo, porque la persona envidiosa carece de un sentido interno del sí-mismo y lo proyecta (Stein, 1990). Queda la

sensación de vacío, que genera odio y destructividad y alimenta la envidia. Todo el valor, pero también todo el odio, se concreta y se desplaza a través del “mal de ojo”.

Murray Stein detalla:

“... Lawrence DiStasi recuerda las tácticas utilizadas por sus abuelos italianos para protegerse contra el maleficio del “mal de ojo”, evitando especialmente jactarse con extraños acerca de sus hijos por el temor a provocarles envidia (DISTASI 2).

...El niño llamaba la atención del mal de ojo no tanto por sus privilegios económicos o genealógicos sino porque el niño simboliza el sí-mismo, el valor más alto, un "tesoro difícil de alcanzar". En esta constelación, vemos una imagen de la envidia del yo respecto al sí-mismo” (Stein, 1990).

Más allá de la relación primaria, más allá de su reproducción en la relación analítica, vemos que lo que se consteló en un principio en el fondo de la psique se refleja en la relación del adulto con los demás. La madre, el analista y el mundo. En todos estos ámbitos se manifestará la dificultad para aceptar la diferencia, la otredad y, tal vez la envidia si el “ajuste” entre el yo y el sí-mismo no es lo suficientemente bueno.

A partir de aquí nos encontramos con otro interesante tema en nuestro estudio en el grupo: la envidia no solo en la relación a la madre sino en relación con los demás, con los iguales, con la sociedad. Al principio, además de las relaciones asimétricas con los padres, el ser humano se encuentra con las relaciones simétricas: los hermanos, en un proceso que le llevará a encontrar su lugar en el mundo. Así abandonamos en cierto modo el foco jerárquico de las relaciones parentales asimétricas y nos detenemos en las relaciones simétricas.

Gustavo Barcellos nos habla del “arquetipo fraterno”, que plantea la difícil tarea de la relación con el semejante; que es a la vez diferente a uno mismo. El hermano es ese otro que parte del mismo origen que uno mismo, que puede acceder a lo que nos pertenece y generar envidia, rivalidad y celos. Los acuerdos entre pares, hermanos e iguales, desplegarán los procesos de negociación (de “ajuste”) cooperación y competición en el



pacto de civilización, en un pacto al que podríamos llamar “pacto ético” (Barcellos, 2019).

En la misma línea, Lisbeth von Benedek subraya que las relaciones fraternales son las primeras relaciones simétricas que nos empujan a reconocer al otro y, por tanto, a admitir la diferencia que es semejante y diferente a la vez.

Los hermanos estimulan el acceso a la otredad, continúa la autora. Para el análisis junguiano, el hermano es el otro en el mundo exterior pero también el “otro” en nosotros mismos. Los desajustes en esta relación pueden conducir a que el hermano se convierta en la proyección de la figura de la sombra. De ahí la desafiante pregunta de Elie Humbert cuando habla de la sombra: “¿Qué has hecho de tu hermano?” (Humbert, 1983).

El hermano es el doble psicológico inconsciente, amigo o enemigo, que proyectamos en nuestra vida social, en las relaciones profesionales, con la comunidad o en nuestras relaciones íntimas (Von Benedek, 2019). Esta complejidad encierra lo que representa el “otro en mí” a través de la relación entre hermanos: nuestros dobles psicológicos que simbolizan la parte perdida. Poderla reconocer nos permitiría ser más completos.

Naturalmente estas relaciones con el “otro” incluyen lo que ya vimos al principio de nuestro estudio: la comparación. Y de ahí, pueden derivar en solidaridad, comunidad, comprensión, aceptación, pero también en rivalidad, hostilidad, intolerancia, celos, envidia, y, por supuesto, perjuicio y guerra (Von Benedek, 2019).

La hostilidad entre hermanos está presente en muchas culturas en el mundo.

Lisbeth von Benedek analiza las dinámicas que se establecen entre hermanos según el orden de su nacimiento, así como las del hijo único o los gemelos:

“- El hijo mayor.

Tiene una predisposición a la conducta autoritaria, a mantener el control, posturas de poder y búsqueda de la perfección... Como adultos, son una referencia y un soporte para los más jóvenes, lo cual podría impedirle el reconocimiento de sus propias necesidades, conduciéndolo a desarrollar un “falso sí-mismo”, alienándose de su verdadera identidad. La llegada de un hermano puede suponer

un shock para el primogénito: se siente traicionado, abandonado y destronado de su posición privilegiada.

- El segundo hermano.

Su relación con el mayor es de admiración y celos. Para distinguirse de él, tiende a construirse de forma opuesta, o sea, encarnando el aspecto negativo e inconsciente de la personalidad del mayor (Jacques, 2008). Es impulsado frecuentemente por una fuerte necesidad de ser reconocido por su valor intrínseco (Pontalis, 2006). Todo ello puede conducir a una ambición y energía impresionantes, usadas para suplantar al mayor. Esta actitud se puede ver posteriormente en las relaciones profesionales, de amistad y de pareja.

- El hermano mediano.

Si el hermano mediano es el segundo, se beneficiará de la experiencia de los padres con el hijo mayor y no cargará con sus proyecciones idealizadas. Sin embargo, el hijo mediano tendrá que defender su posición contra el mayor, para lo cual empieza enfrentándose al pequeño. Esta posición especial le enseñará a transigir, a evitar conflictos y a afrontar los desafíos con diplomacia. Además, tiende a ser independiente, aunque rodeado de muchos amigos.

- El hermano pequeño.

Sigue siendo, habitualmente, el “bebé de la familia”. Crece con la clara conciencia de ser el más consentido, el más pequeño y el más vulnerable. Se suele percibir como irresistible y encuentra rápidamente vías para conseguir lo que quiere. Le gusta la compañía, es afectivo, precoz y encantador. Puede ser percibido como alguien “no complicado” (que no tiene problemas). Tiene sentido del humor y muchos recursos interpersonales. Estimulado por hermanos y hermanas, suele ser brillante e ingenioso.

-El hijo único.

Los rivales para un hijo único son su padre y su madre. Posteriormente, podría ser difícil para él situarse “entre los demás, ni más ni menos”. Tiende a tener amistades cercanas y fuertes, sustitutos de las relaciones fraternas, que le servirán

como base para su desarrollo. Puede también desarrollar relaciones con sus hermanos y hermanas interiores, como compañeros imaginarios, que le ayudarán a sentirse menos solo. No todos los hijos únicos son frágiles y auto centrados, pero todos tienen una cosa en común: la soledad. Y en muchos de ellos, una imaginación desbordante. Privado de la experiencia de hermanos, separarse de la relación fusional con la madre puede ser difícil. Más aún, y con mayor probabilidad que los otros, quedará vinculado a la parte más arcaica de su identidad, en busca de un inalcanzable doble ideal, que no puede abandonar. Atrapado en una imagen ideal de sí mismo, puede resultar excesivamente demandante, de sí mismo y de los demás.

-Los gemelos.

Los gemelos pasan a la vez a través de las diferentes etapas de desarrollo juntos. Tienden a construir una identidad fusional que excluye el contacto con los otros. Puede resultarles difícil aceptar que el otro es diferente, así como no ser comprendido inmediata y totalmente. Los vínculos psíquicos de los gemelos subrayan la dualidad fundamental de los seres humanos (Brusset 2008)" (von Benedek, 2019).

Pero además hemos de tener en cuenta, desde nuestra aproximación junguiana, que la relación entre hermanos también viene afectada por el arquetipo que tiene una raíz colectiva y cultural e influye en nuestra vida como individuos y en nuestra relación con los demás. Así, Gustavo Barcellos señala: "El arquetipo fraterno y la radicalización de la idea de "fratría" afecta a nuestro amor por el mundo" (Barcellos, 2019).

Desde una perspectiva arquetípica, acudimos ahora a los mitos que se expresan en la cultura para comprender mejor la expresión de la envidia, los celos y la rivalidad de las relaciones con los demás. Encontramos narraciones míticas de hermanos que van del hermanamiento cooperativo a la rivalidad y el fratricidio. Con frecuencia están ligados a la fundación de la *polis*, como Anfión y Zeto, fundadores de Tebas, Cástor y Pólux, fundadores de Troya, Rómulo y Remo de Roma y Caín, fundador de Enoch. Así que, para Gustavo Barcellos, es evidente que el arquetipo fraterno, sus avatares emocionales

relacionales y los correspondientes procesos de “negociación”, cooperación y competición que incluyen la envidia, celos, rivalidad y voracidad, se mueve en la esfera política *par excellence*.

En la mitología griega encontramos a Apolo y Artemisa, y a Hermes y Apolo, que se enfrentan, pero, siguiendo las instrucciones de Zeus, resuelven el conflicto con un intercambio de regalos: experimentan gratitud y pueden compartir. Sin embargo, a un nivel humano (que no divino), la tragedia griega nos presentará a Eteocles y Polinices, hermanos de Antígona e hijos de Edipo. Vemos en la obra de teatro “Yocasta” de León Febres-Cordero cómo su “lucha fratricida se repite eternamente si no caen en cuenta de su terrible acción...Cada vez que se vuelvan a matar: ‘será como la primera vez. El amor (entre hermanos) es lo que tiene’” (comunicación personal).

Existen hermanos en la constelación Astral, en Géminis, la tercera casa zodiacal, el territorio de los hermanos. Y también Isis y Osiris, Cosme y Damián, Psique y sus hermanas, Jacob y Esaú, Gilgamesh y Enkidu, Exú y Ogun...y otros muchos. Queda claro que el “arquetipo fraterno” se expresa en todas las culturas porque está en el inconsciente colectivo del ser humano.

Pero para el tema de la envidia, nos interesa mucho el análisis que introduce Murray Stein sobre la mitología judeocristiana. Aquí el padre juega un papel importante, y puede decirse que no se parece mucho al de Zeus ante el conflicto entre Hermes y Apolo.

En nuestra tradición, el Padre, comenta Murray Stein, tenía un hijo, su radiante compañero y líder de las huestes del cielo. Ese hijo, ambicioso y deseoso de poder, se rebeló contra el padre y éste lo aplastó con su poder. El Padre tuvo un segundo hijo que era obediente y se sentía satisfecho cumpliendo la voluntad del Padre. Ahora ambos hermanos son enemigos. El mayor, Lucifer, convertido en Satanás, vive en el infierno, busca a los que pueda devorar y agoniza de codicia y nunca llega a sentirse satisfecho; solo puede destruir, no puede crear.

Nos encontramos aquí con el interesante tema y las consecuencias de la existencia de “el elegido”, que es el tema fundamental de la Biblia. “El elegido” da lugar a la envidia y a ataques asesinos fruto de los celos y la rivalidad entre hermanos.

La misma situación encontramos en la historia de Caín y Abel. Para el padre, las ofrendas de Abel, el pastor, son preferibles a las de Caín, el granjero. Hasta que la envidia impulsa a Caín a destruir a su hermano.

José, el elegido por su padre, estimula la envidia de sus hermanos con sus alardes, quienes al final casi lo asesinan y lo venden como esclavo. David, el más joven de sus 12 hermanos, es nombrado rey por encima de los descendientes de Saúl, que intenta repetidamente matarlo en un ataque de envidia y cólera. Y, finalmente, Jesús, el elegido que reemplazará a Israel, con sus consecuencias.

En nuestro grupo surge el siguiente cuestionamiento: ¿Podría ser que la injusticia de elegir un favorito sea el motor necesario en la historia de las civilizaciones y en el ser humano? Ahí queda la pregunta...porque parece que es una constante.

Desde una perspectiva junguiana, estas narraciones demuestran que la envidia es arquetípica, que está en nuestra genealogía y, como apuntan Klein y el psicoanálisis, esto es así desde nuestro nacimiento (Stein, 1990). Y también puede que demuestren que, si no “caemos en cuenta” de esa realidad que nos muestran los mitos, el polo de la envidia versus la creatividad y la capacidad para asumir la diferencia puede dominar en la psique.

Murray Stein afirma que, en el mundo adulto, de lo que se trata es de asimilar al yo luciferino, pero, en todo caso, la envidia tiene una función prospectiva que le muestra al yo el camino hacia el sí-mismo.

En ese sentido de las relaciones simétricas, el “Hijo Pródigo”, tan mal visto desde el punto de vista convencional, es realmente el que hace el proceso, el que se encuentra con la vida, el que dejando atrás lo paterno-materno, se encuentra a sí mismo.



***El retorno del hijo pródigo. Pompeo Batoni***

Este hijo rebelde vuelve y se refugia en el pecho del padre, y el padre lo recibe y lo acoge. Aunque quizá, hemos de admitir que, el conflicto entre hermanos sigue vivo. El hijo que obedece al padre se siente injustamente tratado frente al hijo pródigo.

Para terminar, me gustaría subrayar que nuestro grupo ha trabajado al nivel de la teoría, pero también en la “caída en cuenta” al nivel de la experiencia. Hemos tratado de ser sinceros para reconocer que en nuestro trabajo estábamos elaborando el “arquetipo fraterno”. La incomodidad frente a las pequeñas normas que constituyen nuestro método de trabajo, la rivalidad y el desacuerdo en algunos puntos teóricos, las ganas de

dejar de sacrificar un domingo por la mañana al mes, las ganas de romper estaban siempre en juego. Aguantamos la tensión interna arquetípica, hablamos de ello y dimos continuidad a nuestra experiencia. De alguna forma, junto a esto, la gratitud aparecía continuamente, dando lugar a algunos interesantes comentarios:

“...he recibido las diferentes sensibilidades de los participantes como si fuéramos arroyos que convergieran en un lago protegido y centrado”

“...la rivalidad entre hermanos que anida en todos nosotros se encuentra integrada en nuestros entresijos culturales desde el inicio. Diría que estudiar juntos todo esto constituye un medio adecuado para que el mito no nos destruya. De alguna forma eso es lo que estamos haciendo”

“Me pregunto hasta qué punto influye elaborar, trabajar un arquetipo”.

“El tema es tan suscitativo que emergen ideas sin parar. Digo que emergen porque a veces siento como que todo el grupo está alrededor de un estanque lleno de pececitos y a medida que asoma uno, el que primero lo descubre siente la necesidad urgente de comunicarlo... (los peces serían las ideas, las rápidas conexiones...)”

“Mi vivencia es de profundidad, al compartir con vosotros temas tan íntimos, de poner palabras, vivencias que, como fantasmas, a menudo hemos tenido en la consulta ...La soledad del corredor de fondo, esa es parte de nuestro modo de estar”

“la envidia es un fenómeno arquetípico, ¿cómo nosotros no vamos a tenerlo en nuestra Sociedad?”

“Cuando en el grupo nos cuesta marcar los silencios, para escuchar al otro, cuando queremos hablar y comentar lo nuestro, a veces pisando al colega, me parece que ahí estamos observando la rivalidad, tanto por compartir, como por destacar, necesitamos demostrar que sabemos...Una rivalidad sana que nos ayuda a crecer y madurar en la vasta ciencia que nos reúne, en un placer y un conocimiento común”

“Sentir profundamente que mis presupuestos no son absolutos, que la traición forma parte del camino de crecimiento e individuación...y cómo todo ello se mueve dentro de mí para ver qué se abre de nuevo”.

“Si el otro es válido, siendo tan distinto a mí, yo también soy válido siendo tan distinto a él, y ¿por qué no amarnos?”

No cabe en este documento la rica experiencia del *Grupo de Lectura*. Decidimos, eso sí, tratar de recoger de la mejor manera algo de lo que allí se dio y los contenidos que nos sorprendieron y nutrieron, por lo que estamos profundamente agradecidos a los autores que han desarrollado el tema que nos interesaba.

Olivia del Castillo ©

Barcelona 22 agosto de 2021

## Referencias

- Barcellos, G. (2019). The psychology of the sibling archetype. *XXI International Congress of Analytical Psychology* (págs. --). Viena: Daimon.
- Benedek, L. v. (2019). Sibling Relations: Significant Encounters with Others and the "Other" within Oneself. *XXI International Congress of Analytical Psychology* (págs. --). Viena: Daimon.
- Bion, W. (1967). Attacks on linking. *International Journal of Psycho-Analysis*, 93-109.
- Bordelois, I. (2017). *Etimología de las pasiones*. Buenos Aires: Zorzal.
- Colman, W. (1991). Envy, Self-Esteem and the Fear of Separateness. *British Journal of Psychotherapy*, 356-367.
- Febres-Cordero, L. (2010). *Teatro. Yocasta*. Madrid: Verbum.
- Fordham, M. (1974). Defenses of the self. *Journal of Analytical Psychology*, 192-199.
- Fordham, M. (1985). *Explorations into the self*. London: Karnac.
- Hillman, J. (2004). *Un terrible amor por la guerra*. Madrid: Sexto piso.
- Humbert, E. G. (1983). *C.G. Jung*. París: editions universitaires.
- Jung, C. G. (2002). *Los arquetipos y lo inconsciente colectivo. Vol 9/I*. Madrid: Trotta.
- Jung, C. G. (2004). *La dinámica de lo inconsciente. O.C. Vol. 8*. Madrid: Trotta.



- Jung, C. G. (2013). *Tipos psicológicos. Vol. 6*. Madrid: Trotta.
- Jung, C. J. (2008). *Acerca de la psicología de la religión occidental y de la religión oriental. O.C. vol. 11*. Madrid: Trotta.
- Lambert, K. (1973). Agape as a therapeutic factor in analysis. *Journal of Analytical Psychology*, 25- 46.
- Lyard, D. (1986). The archaic relationship. *Journal of Analytical Psychology*, 3-12.
- Lyard, D. (1987). Le corps et la "redonne" archétypique de l'adolescence. *Cahiers jungiens de psychanalyse*, 58-64.
- Proner, B. (1988). Envy of oneself, adhesive identification and pseudo-adult states. *Journal of Analytical Psychology*, 143-163.
- Stein, M. (1990). Sibling rivalry and the problem of envy. *Journal of Analytical Psychology*, 161-174.
- Stern, D. (2017). *El momento presente*. Buenos Aires: Cuatro Vientos.
- West, M. (2010). Envy and difference. *Journal of Analytical Psychology*, 459-484.
- Wiener, J. (2009). *The Therapeutic Relationship*. Texas: Texas A&M University Press.
- Winnicott, D. W. (2020). *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Paidós .
- Zippari, B. G. (2009). On the transmission of Analytical Knowledge. En N. F. Francesco Bissagni, *Jung Today. Vol 1 Adulthood* (págs. 255- 268). New York: Nova Science Publishers.